

« Había dicho el General Scott en una proclama que expidió en Jalapa á los mexicanos, que había un partido monárquico entre ellos, y que los Estados Unidos no podrían consentir en que ese partido se levantara, y formase un gobierno que tendiese al restablecimiento de la monarquía, cuyo sistema no podían aquéllos tolerar en América. He venido, añadía sin rodeos Scott, para combatir á ese partido; he venido para destruirlo. Era, pues, muy claro que iba á ayudar al partido enemigo del monárquico, y así lo comprendieron los gobernadores y las legislaturas de varios Estados; pues, no prestaron auxilio al gobierno, distinguiéndose el del llamado México que ni mandó siquiera su gobernador ayudar á las tropas nacionales en las batallas que se dieron en las inmediaciones de la capital; y las presencié desde la línea divisoria al frente de sus milicias... Si el General 'Alvarez, según se le mandó, hubiera dado una carga con sus 2, 500 caballos, aquel día habría sido derrotado en detal todo el ejército enemigo; pues, no habría tenido tiempo de llegar en auxilio de la división batida en el Molino, la que estaba en San Ángel. El General 'Alvarez es causa de gran parte de los desastres posteriores á este día; » (F. de P. Arrangoiz. *México desde 1808*) lo que un escritor liberal confirma en estas palabras : « Por haber permanecido criminalmente inmóvil, la caballería reportó la responsabilidad de esta derrota. » (Pri.)

Aun más : « en 1847, añade Arrangoiz (op. cit.), el general en jefe de las tropas de los Estados Unidos nombró un ayuntamiento que se tituló Asamblea Municipal, compuesta de republicanos de los más avanzados en ideas, enteramente decididos en favor de los enemigos de su patria y de su raza : se hicieron notables por sus brindis á la prosperidad de los Estados Unidos, y la anexión de México á ellos, en una gran comida que dieron á Scott y otros generales americanos. » Afirma el señor Justo Sierra que « las ideas de anexión surgían en grupos compuestos de gente ilustrada; » (Ev. t. 1. p. 223) y según el señor Pallares (op. cit.), « los hombres más conspicuos del partido liberal, D. Miguel Lerdo de Tejada, Palacios y otros, brindaron, en el convite llamado del Desierto, con el invasor americano, por la anexión de México á los Estados Unidos. »

Fué tanto el desprecio en que, por esa vileza, cayeron dichos liberales, que manifestaron después una susceptibilidad excesiva cuando se les recordaba la fealdad de su conducta durante la invasión norteamericana. Habiendo publicado en 1853 *El Orden* la lista de los miembros de la Asamblea Municipal de 1847, y la de los electores entre los cuales estaba el nombre de Miguel Lerdo de Tejada, á los pocos días, éste envió al referido periódico una carta en que procuraba, pero en vano, desvanecer los cargos que á él como á todos los miembros de esa Asamblea se les había hecho, de ser partidarios de la anexión de México á los Estados Unidos.

El 29 de noviembre de 1871, un diario liberal, (*Fer.*) les hacía el mismo reproche : « Muchos de los próceres de la reelección de Juárez y que hoy figuran en primer término, brindaron en el festín del Desierto por la anexión de México á los Estados Unidos, en la presencia del invasor, y bajo los colores del pabellón enemigo. »

Para atenuar su traición, han pretendido los liberales compartirla con los católicos, asentando, entre tantas boberías por ellos estampadas con el nombre pretencioso de Historia, la especie calumniosa de que el obispo de Puebla recibió bajo de palio al General Scott. José R. del Castillo, en su llamada Historia Patria, aprobada nada menos que por la Junta Directiva de Instrucción Primaria y por la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, reproduce el mismo embuste, diciendo que « los americanos fueron recibidos en Puebla como los salvadores de la patria por el obispo de aquella ciudad. » Esa burda mentira, apoyada en ninguna brizna de prueba, queda por completo desvanecida con el testimonio nada sospechoso de unos quince escritores contemporáneos y clerófobos, según los cuales, « el señor obispo Vázquez tomó el partido de marcharse á su casa de campo antes de que los americanos entrasen á Puebla; » (Ap. c. 12. p. 192) y, por lo mismo, no pudo recibirlos bajo de palio.

Lejos de haber desaparecido, el partido de los traidores ha ido robusteciéndose y ha arrojado su disfraz, merced á la propaganda activa de las ideas masónicas, que son la negación del patriotismo. Allí van unas citas sacadas de algunos de sus periódicos. « En el siglo vigésimo, dice *El Pabellón Nacional*, las fronteras habrán desaparecido » (cit. por *Rei* 10 enero 1889) *El Libre y Aceptado Masón* no quiere nacionalidades. (op. cit. 13 enero 1889) *El Partido Liberal* proclama que la civilización no entiende de patriotismo, sino de confraternidad universal. (28 dic. 1888) Por lo mismo, si hoy en día hubiera una segunda invasión norteamericana, volverían los liberales á brindar, esta vez en mayor número que en 1847, por la anexión de México á los Estados Unidos. « Hay entre nosotros, decía *El Ferrocarril* en 1871, un partido anexionista que descaradamente aboga por la absorción de nuestro país por el Norte y la ruina de nuestra nacionalidad. » (Citado por *Men* 27 mayo 1871) « El señor D. Manuel Payno, escribía *El Monitor*, nos pinta no sólo inminente sino necesaria la absorción de México por la República de Norte. » (Citado por *Men* 29 abril 1871)

El General liberal D. Manuel Márquez de León, refiriéndose á los de su bando, tuvo que hacer, él también, esta penosa confesión : « Hoy mismo, hay algunos que, ó por ignorancia, ó por miras bastardas y mezquinas, se hacen propagandistas de la conquista pacífica. » (*Marg.*)

Aun en nuestros días no faltan liberales, como Bulnes, que « aprueben el criterio del Presidente Mac Kinley en lo referente á la inicua irrupción de 1847, » y « declaren en la cámara de diputados que nada les importa que México sea perjudicado por Norte América, por ser ellos partidarios de la teoría de Darwin, consistente en que el organismo más débil debe perecer ante el más fuerte. » (*Fals* p. 14) Tampoco escasean periódicos subvenidos por el Gobierno de Porfirio Díaz, como *El Imparcial*, que echen á chacota la idea del patriotismo, declarando burlescamente que « el patriotismo no es más que un sentimiento zoológico, » (junio 1898) ésto es, propio de los irracionales, y por lo mismo den á entender que nada les importa la conquista de México por los Estados Unidos.

La prensa norteamericana, haciendo eco á esos escritores, reconoce ella también que en México existe un partido que trabaja en pro de la anexión de

su patria á los Estados Unidos : prueba de ello son éstos conceptos que acerca de la República Mexicana vierte el *Chicago Evening Post* : « El General Díaz es un hombre admirable y más americano que mexicano. No sólo trabaja por la idea de la anexión, sino que hay un número poderoso de inteligentes mexicanos que comprenden que es más ventajosa la unión de los dos países que el que México permanezca solo. Más aun : un factor poderoso será el enorme capital americano invertido en México; éste aumenta constantemente y ejerce una influencia en favor de la anexión que, unida á los deseos del General Díaz, será imposible resistir antes de que deje de existir esta generación, » (Citado por *México Moderno*. 18 sept. 1890) pudiendo decirse, con *La Voz de México* (4 enero 1890), que al General Díaz se deberá la gloria de haber ultimado la americanización de México, sueño dorado del liberalismo nacional, y con *El Tiempo* (24 oct. 1900), « que siendo el partido liberal enteramente ayankado y súbdito incondicional del yanqui, » es natural que « el Gobierno proteja ó fomenta la conquista pacífica de día en día con actos que llamaremos de debilidad, por no decir de traición. » (29 junio 1898)

Mas como *El País*, diario se-dicente católico, ha hecho suya en todos sus puntos la política del Gobierno, (28 febr. 1901), por lo mismo ha tenido que renunciar las antiguas tradiciones antianexionistas del partido conservador del cual abomina (*Voz*. 20 dic. 1898), prestigiando ahora á los más pérfidos enemigos de México, y suspirando por el suicidio de su patria como nación independiente. Para paliar tan oprobiosa traición, *El País* asienta la monstruosa tesis de que su religión anda reñida con su patriotismo, siéndole por lo mismo imposible ser á la vez católico y patriota. « Si fuese el sentimiento religioso y no el patriotismo, dice, lo que inspirara nuestros pareceres con relación al pueblo angloamericano, seguramente simpatizaríamos con él mucho más que los periódicos jacobinos, con tanta mayor razón cuanto que ese pueblo cuenta con millones de hermanos nuestros en la fe católica. » (20 abril 1901) En inspirándolo su patriotismo de pega, como cuando lanzó el prospecto de su diario, tilda á los Estados Unidos, en un arranque de ridícula indignación, de « país enemigo y tirano del nuestro; » mas cuando se baña en los rayos deslumbradores de su fe religiosa, los llama inactuamente « nación amiga de la nuestra, » (20 abril 1901) precisamente porque así se expresa la prensa masónica de ese Gobierno ayankado que subviene ad Director de *El País*, y « cuya política, dice ese periódico, es para los católicos fórmula de unión; cuya Constitución de 57 es cabalmente su bandera. » (17 enero. 28 febr. 1901.)

Desde 1887, un periódico liberal (*El Noticioso*. 17 enero) procuraba él también excitar la simpatía de los católicos en favor de Norteamérica, diciendo que allá progresaba el catolicismo, y que con el crecimiento de relaciones con los Estados Unidos, no peligrosaban ni la fe ni la nacionalidad. *El País* va mucho más lejos que ese periódico. Con exagerar sobremanera la libertad religiosa de que se disfruta en los Estados Unidos, saborea ya anticipadamente las ventajas de una anexión que él llama un triunfo del catolicismo, y que otros, fundados en la palabra divina, consideran como un castigo del cielo que á todo trance se ha de evitar. « El liberalismo radical y reformista, dice,

tiene que perder en manos de nuestros vecinos algo más aun que nosotros... El jacobinismo perdería su amada Reforma que no encaja bien ni mal en las instituciones angloamericanas; en tanto que á los católicos nos quedaría al menos la verdadera libertad religiosa que hoy el jacobinismo nos escatima cuanto puede, molestándonos constantemente en nuestras creencias. » (20 abril 1901) « Si llega el evento desgraciado á que nos lanza aceleradamente la acción maléfica del liberalismo, la absorción de México por los Estados Unidos, la Iglesia no correrá peligro alguno. El gran aumento del Catolicismo entre nuestros vecinos es garantía suya. Triste es decir que sea necesario defender la Religión de los propios; y que no se tema el influjo de los extraños. » (*La Voz* 19 febr. 1890) « En la desaparición de la patria, no es la existencia de la fe católica la que pelagra, sino todo lo contrario : pues, sería un triunfo del catolicismo. » (*País*. 26 junio 1901) « El día en que México fuese parte de los Estados Unidos, la Iglesia Católica sería más libre, más respetada y más rica. Ahí están Texas y California con magníficos templos, con conventos de monjas y de jesuitas. » (29 julio 1901) « En los Estados Unidos, dice erróneamente uno de los más fuertes accionistas de *El País*, el señor Silva, se hacen en las iglesias colectas tan importantes y considerables, que una señorita regaló algunos millones de pesos para la Universidad Católica de Washington. En la bandeja de la limosna, en una sola misa, en varias iglesias, se colectan más de mil pesos en billetes de banco y en monedas de oro. » (5ª *Carta Past.* p. 15. a 1901)

Si porque en la nación vecina la Iglesia goza de más consideraciones y recibe mayores donativos que en la propia, fuese lícito renegar de su patria y anexionarse á esa nación, la Iglesia sancionaría un principio inmoral, destructivo de todo patriotismo y semillero de continuas revoluciones que mataría todos los esfuerzos en favor del triunfo del bien. Las naciones en que la Iglesia se ve oprimida llevan casi siempre la culpa de esa opresión. En lugar de luchar como valientes contra la impiedad, se contentan con llorar como mujeres los estragos que ella causa.

Cada nación tiene, pues, el Gobierno que merece. « El despotismo se desborda, dice Taparelli, cuando no encuentra resistencia; y no encuentra resistencia allí donde el honor y la Religión vacilan en la mayoría de los ciudadanos; porque es ley social y enseñanza histórica, que el centralismo crece á medida que en una sociedad disminuye el valor de la conciencia, y la conciencia del valor. » (*Del Gobierno*. t. 1. p. 253)

Éso se aplica con toda propiedad á México cuyos católicos son tildados de « inertes, apáticos, gentes sin principios » por los mismos masones (*Ver.* p. 537, 821, 867); y, con tal de gozar de las comodidades de una paz mentirosa, abandonan cobardemente la lucha que en todo tiempo caracteriza á la Iglesia, y reniegan á la vez de su religión, de su honra y de su patria. 'A esos católicos bastardos, y traidores de eterno vilipendio en los anales del mundo, dirígenese estas palabras de Jovellanos á los españoles afrancesados : « Aunque la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos imaginan, sería siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debía seguir un buen español. » Por lo mismo, aun cuando la independencia de México estuviere

irremisiblemente perdida, habría siempre que salvar al menos la honra, muriendo no como viles esclavos, sino como hombres libres que luchan por una causa sagrada, con la frente erguida y cual lo deseaba el poeta: « mirando de cara al sol, y á Dios su oración postrera dirigiendo en español. » (Zorrilla)

APÉNDICE AL CAPÍTULO I

EN la sesión del Congreso del 17 de nov., de 1871, el Ministro de Relaciones, Ignacio Mariscal, hizo una confesión hartamente dolorosa para el patriotismo mexicano, al decir que su nación sería invadida por los Estados Unidos, en caso de que á éstos se les estorbara construir ferrocarriles y entregarse á otras empresas en territorio mexicano. « Hemos de caer en descrédito por todos motivos, dijo el orador, y en especialidad porque lastimaremos algunos intereses especiales en el exterior, con los pronunciamientos que desgraciadamente han estallado. Y ese descrédito no solamente acarreará la pérdida de toda esperanza sobre desarrollo material: ocasionará también... un peligro tremendo y casi inevitable: el de perder, sino la independencia, al menos una parte del territorio mexicano... Fermenta siempre en aquel país (de los Estados Unidos) el deseo de adquirir nuevos dominios, y todos sus gobiernos tienen al fin que ceder y hacer algunas concesiones á tan característico deseo... Reflexionemos ahora... en que una parte de nuestro territorio podría ser útil y codiciable para los Estados Unidos. No nos la arrebatarán ciertamente mientras conservemos una mediana paz, y mientras se puedan realizar grandes vías de comunicación y otras empresas que á la vez de enriquecer á nuestro país... sean útiles para la humanidad entera. Pero, si con nuevos y prolongados motines, hacemos imposibles semejantes empresas; si con ellos espantamos el espíritu emprendedor de nuestros vecinos; si oponemos un obstáculo al bien general, cerrando la puerta á nuestro propio bien, ¿qué mejor pretexto... podemos dar al filibusterismo americano, para que de algún modo cohoneste sus miradas ambiciosas, poniendo de su parte los intereses del comercio, de la industria, del progreso universal?... Yo podría asegurar al Congreso que si por desgracia se prolonga la revolución anárquica que se ha desatado en nuestro suelo, habrá proyectos, tal vez, expediciones de filibusterismo que vengan á hacer más crítica y angustiosa la situación de la República. »

Los mismos americanos no han temido externar, con ruda franqueza, y un sinnúmero de veces, que « el deseo más popularizado entre ellos », es la conquista de México (*The N. Y. Herald* citado por *Fer.* 27. abr. 1872) que se verificará tarde ó temprano. Por ahora, « con la condición de que esté en paz y prosperidad, dicen ellos, México nos es más útil como República independiente que como parte de nuestra Unión; porque así tendremos el beneficio de su prosperidad sin la molestia de proporcionársela. » (*Ti.* 11 abril 1899) Por eso, « no creemos que el secretario de Estado, decía en 1881, el *Weekly Herald* de Nueva York, esté pensando en una guerra con México, ó que tenga

la intención de pagar cien millones por los Estados del Norte. No es necesario: esos Estados serán nuestros con el tiempo. ¿ Para qué hemos de sacudir el árbol? Cuando la pera esté madura, caerá; y sólo en nuestras manos puede caer. » « El programa secreto de las personas comprometidas en los gigantescos proyectos sobre México, decía en 1881 un periódico de Chicago, consiste en comprometer el mayor número de capitalistas en aquellas empresas, y crear allí un inmenso caudal de intereses norteamericanos que el gobierno de los Estados Unidos considere justo proteger. » (*Ti.* 29 jun. 1898)

Y al menor asomo de revolución ó disturbios que perjudiquen el comercio ó la industria de los norteamericanos, luego vendrá la invasión de México. « El derecho de intervenir, dijo Mac Kinley en un mensaje suyo, puede ser justificado por los perjuicios sufridos por nuestro comercio y por nuestra industria, y por todas las pérdidas experimentadas por nuestro pueblo. » (*Voz.* 17 abr. 1898)

La conclusión de todo éso es que México ha perdido de hecho su independencia, por no ser dueña de explotar sus riquezas naturales y desarrollar su naciente industria sin la forzada ingerencia de los Estados Unidos. « Es casi seguro, confiesa Cosmes, que si el cambio radical producido en la política por la revolución de Tuxtepec no hubiese puesto término á los procedimientos de obstrucción empleados por Lerdo, primero como ministro y después como presidente para impedir que en México se construyeran vías férreas que uniesen á los dos países, el gobierno americano hubiera apelado á la fuerza para vencer los obstáculos que se oponían á los propósitos del pueblo norteamericano, y que tal apelación hubiera tal vez dado por resultado la conquista de nuestra República. » (*Cos.* t. 20. p. 364.)

El progreso material de México, por lo que se ve, es más bien ficticio que real. En general, quien ha progresado en México es el norteamericano, el extranjero; pero no los hijos de la tierra. « Para los hijos de la tierra, dice el Lic. Cuevas, cada día se hace el trabajo más escaso y más improductivo. Péon del campo con diez horas de trabajo y veinticinco centavos de jornal, ó garrotero de tren con peligro inminente de muerte y cincuenta centavos diarios, son los dos más amplios caminos para el pobre, de buscar su pan: dependiente ínfimo de negociaciones y empresas extranjeras, ó profesiones literarias, cuyos ejercicios están de antemano monopolizados, son los dos únicos senderos para encontrar trabajo, que puedan practicar las clases ilustradas. Por más que se retuerza de dolor nuestra vanidad, tenemos que confesarnos á nosotros mismos, que somos muy pobres. » (1898) Lo mismo opinan los liberales. « México, dice Justo Sierra, por su falta de medios de explotación de sus riquezas naturales, es uno de los países más pobres del globo. » (*Ev.* p. 160) « En México, agrega Bulnes, la banca, el comercio, la industria, las empresas ferrocarrileras y de navegación están en manos de extranjeros. » (*Porv.* p. 241) « Los ferrocarriles, los bancos, las fábricas, los grandes cultivos, el comercio exterior é interior, todo es ajeno, » confiesa el Lic. José de Jesús Cuevas.

Entrando en algunos pormenores, dijo en 1893 este último, que « apenas si tiene México una participación mínima y estéril en sus valores públicos.

La masa de nuestros valores públicos la componen principalmente la deuda nacional, los ferrocarriles, los bancos, y en cierto sentido y con determinadas limitaciones algunas compañías mercantiles é industriales. El monto de nuestra deuda pública es aproximadamente de \$ 200,000,000, de los cuales puede calcularse en \$ 90,000,000, la exterior. Nuestros ferrocarriles ya construídos, que alcanzan una extensión de cerca de doce mil kilómetros, y que sus dueños tienen gravados en \$ 300,000,000, se cree que valen \$ 200,000,000, de los cuales hemos dado por subvenciones \$ 75,000,000. El capital que forma, como dicen los economistas, el volumen de la actividad fiduciaria de nuestros bancos, puede estimarse en \$ 50,000,000, y en otros \$ 40,000,000, los capitales pertenecientes á empresas públicas ó negociaciones privadas que operan en el país con capitales extranjeros.

« Los tenedores de los bonos de nuestra deuda exterior y de las acciones y obligaciones de nuestros ferrocarriles, son en su mayor parte holandeses, alemanes, suizos, ingleses y americanos, y muchos de ellos judíos. De las acciones de nuestros bancos, la mayor parte también están en manos de extranjeros residentes en el país los unos y fuera de él los otros. La verdadera dirección y servicio de nuestra deuda exterior está en Berlín, y las juntas directivas de nuestros ferrocarriles en Londres, Boston y Nueva York. El capital extranjero menos interesado es el americano, pero los intermediarios forzosos en las más de estas grandes empresas han sido sindicatos americanos que aun conservan su influencia y su intermediación.

« En este acervo enorme para nosotros, de cerca de \$ 500,000,000, el país no representa sino una vigésima parte cuando más, y está excluído de toda dirección é ingerencia. Esta masa de valores públicos, la nueva generación necesita nacionalizarla á todo trance, porque en lo hacendario como en lo militar, perdidas las alturas quedan dominados los bajíos. Las empresas que son dueños absolutos del servicio de las vías de comunicación y de los fletes, por completo tienen en sus manos la suerte de la agricultura y del comercio: los bancos que pueden fijar á su arbitrio los tipos de intereses, árbitros quedan de la industria y del trabajo; y el asentista que tiene á su cargo la emisión, la realización, el servicio y la amortización de un empréstito garantizado con las rentas públicas de un país, no sólo es dueño de las llaves de su tesoro, sino que tiene casi el dominio eminente sobre el país mismo.

« Y una vez rescatados los valores públicos no ha terminada la ardua tarea de la nueva generación. Necesita, sin herir el derecho ni ofender la justicia, distribuir sobre nuevas bases la propiedad privada. Aunque se le asigna una población de doce millones, México quizás no tiene más de diez millones de habitantes. La estadística conjetura que el valor de la propiedad en el país, tanto rústica como urbana, se aproxima á mil millones, y con más probabilidad afirma que no pasan de un millón de habitantes los dueños de toda ella. Tan absurdo es económicamente que nueve décimas partes de los habitantes de un país estén destituidos de toda propiedad en él, como que la décima parte restante de sus pobladores pueda explotarlo todo y gozarlo convenientemente.

« Como los reguladores de esas potentes maquinarias de la industria moderna, había antes en el país un poderosísimo regulador de la propiedad que guardaba el equilibrio en toda ella. La Iglesia poseía bienes cuyo origen de propiedad era el más santo y justo de cuantos pueda haber: la piedad y la caridad, las dos más grandes virtudes del corazón humano; y la donación, el más eminente y generoso ejercicio del dominio. No tenía la Iglesia de México lo que el odio y la codicia habían calculado; apenas llegaron á 58 millones los bienes productivos que poseía... Era dueña de ellos para cuidarlos y explotarlos; pero el usufructo de los mismos los comunicaba fácil y amorosamente con los pobres, para servir sus necesidades.

« De esta manera la Iglesia se interponía entre el propietario y el desposeído, y ni éste sentía su necesidad, ni aquél abusaba de su abundancia. »

Eran necesarios todos esos extractos para que se viera, como á vista de pájaro, la clase de progreso que debe la nación al partido liberal reinante, y lo que importa la entrega del país por ese partido, á los americanos cuya pérdida amistad tan neciamente se fomenta. Había dicho el Presidente Díaz, hablando de los Estados Unidos: « Todo lo que nos acerque y nos una, no podrá menos que contribuir al bien de las dos naciones. » (*Vil*) Las dos naciones están ahora tan fuertemente unidas con lazos de acero, que nunca jamás, quizá, será posible separarlas. Y si esa unión ha contribuído al bien de los Estados Unidos, ¿quién no ve que á México le ha costado su independencia y su propia honra; que los mismos Estados Unidos lo desprecian y humillan cuanto pueden, negándole todo participio en el progreso material que de 25 años acá se ha desarrollado, y afirmando « que la actual estabilidad de México se debe á las influencias americanas? » « México, dice el escritor Starr Jordan, se ha dado á estimar y respetar en Europa; México ha adquirido crédito; pues, que sepa Europa que México es incapaz de conquistar esos bienes por su propio esfuerzo, y que los debe á la acertada dirección de los americanos, para que cuando Europa necesite arreglar algo con México, se dirija á los americanos. » (*Ti.* 28 may. 1899) Por depresivas que sean para México, esas palabras expresan una opinión muy generalizada en los Estados Unidos y, quizá, no falta de verdad, á pesar de sus fanfarronadas, si uno examina detenidamente los documentos reproducidos atrás, y la confesión de un escritor jacobino que parece suscribir lo anterior en estas líneas: « Hemos, si, algunos mexicanos, muchos por fortuna, que no olvidamos que uno de los méritos que el General Díaz ha contraído con sus conciudadanos, ha sido el abrir la puerta franca á la onda de civilización que venía del Norte, y á la cual Juárez, á pesar de su clarividencia, y Lerdo con su talento y todo, quisieron poner un hasta aquí. » (*Ti.* 26 jul. 1898)

